

“Magnifica humanitas”, de obligada lectura

H. Javier Marquinez

En un momento crucial para la humanidad, cuando sabemos que la digitalización, la robótica y la inteligencia artificial pueden poner en peligro el modelo de hombre construido filosófica y moralmente por el humanismo cristiano, el Papa reclama la “magnífica humanidad” en cuya cima, como en el de toda la creación, se coloca la figura de Cristo, Dios y hombre para nuestra salvación.

La encíclica aparece 135 años después de la Rerum Novarum de Leon XIII, y se incardina dentro de lo que llamamos Doctrina Social de la Iglesia. Como en todas las encíclicas y documentos que llamamos sociales, la Iglesia responde a los grandes interrogantes que plantea vida del hombre sobre la tierra, explorando los derechos y los deberes, la participación social y la libertad, siempre desde un axioma que acompaña el pensamiento cristiano: ser hijo de Dios concede al hombre una dignidad infinita, que no puede ser sometida a otros principios subordinados.

Hay dos pasajes bíblicos que, en la superficie o subliminalmente, recorren toda la encíclica. El primero es el de la construcción de la Torre de Babel. Los hombres que construyeron la gran torre estaban llenos de suficiencia y orgullo. El proyecto estaba destinado para buscar la felicidad en el presente y la gloria del futuro. Dios no aparecía en la ecuación. Todos conocemos los resultados: el caos, la división, la deshumanización. El ejemplo que sirve de contrapeso es la reconstrucción de Jerusalén después de la vuelta de Babilonia. Nehemías ve la ciudad arrasada e idea un plan donde están presentes los hombres y Dios. Nace una nueva sociedad bendecida por Dios.

El documento papal reconoce la autonomía de la sociedad civil pero reclama el derecho de la Iglesia para aportar su pensamiento en la construcción de la comunidad humana. Se han terminado los tiempos en los que la Iglesia reclamaba su cuota de poder en la sociedad. El punto de partida de hoy es totalmente distinto: el cristiano camina con sus contemporáneos hacia la búsqueda de la verdad, “no como territorio que hay que defender, sino como un bien que hay que compartir”.

La aparición de avances técnicos que determinan el modelo de sociedad, como es el caso de la inteligencia artificial, nos obliga a revisar los presupuestos de nuestra vida individual y social. Los avances de la inteligencia artificial pueden ser tan enormes que existe la tentación de desestimar los peligros. Y son muchos y muy importantes. Como ha pasado con todos los medios técnicos a lo largo de la historia, existe el riesgo de que su utilización otorgue más poder a los poderosos y excluya todavía más a los pobres. A esto se le añade un componente nuevo: si antes el desarrollo de los medios técnicos solía estar en manos de los estados o de entidades con gran arraigo social, ahora aparecen personas que disponen de herramientas capaces de cambiar la vida de mucha gente, con criterios que también serán personales.

Magnifica humanitas es un documento magnífico, si se me permite el pleonismo. Aporta un mirada nueva sobre la Doctrina Social de la Iglesia y la necesidad de responder a los interrogantes que surgen con los tiempos nuevos. La encíclica es de lectura obligada para todos aquellos, cristianos o no, que se colocan con una mirada crítica ante las nuevas realidades y son conscientes de la responsabilidad que todos tenemos para construir un futuro de esperanza para las generaciones venideras.